

# El pasillo, autobiografía de mis ojos

Jacqueline Goldberg

El arte parece ser el empeño por descifrar o perseguir la huella dejada por una forma perdida de existencia. (María Zambrano)

## 1

Entre mi habitación y el salón del apartamento donde crecí, en Maracaibo, hay un pasillo desmesurado.

[Techo alto, insuficientes aire y luz. Demasiadas puertas].

En sus paredes cuelga la colección de obras de arte que mi padre, con fina intuición, fue adquiriendo en los años setenta, ochenta y noventa. Un batiburrillo de pinturas, serigrafías y dibujos de artistas consagrados y emergentes, todos oriundos o residentes de mi ciudad. Una crónica sobre diversidad de estilos, trazos y temas.

En el centro, bajo la viga donde alguna vez colgó un murciélago, dos armarios enfrentados interrumpen el recorrido. Uno es, en realidad, el estrecho pasillo que conforma la zona posterior del ascensor y que hace las veces de hospedaje de escobas. Y el otro, un reino de botellas de muchos colores, formas y procedencias. Bebidas espirituosas que mi padre jamás probó, enturbiadas por los lustros y un legendario calor petrolero.

Ese pasillo, que de noche recorría con una sola inhalación, fue la educación sentimental de mis ojos.

Ese pasillo, que por extenuante me hizo a veces optar por la sed, fue la genealogía de un interés por la imagen que me llevaría a trabajar en dos galerías, un museo y una institución universitaria de arte; a inscribirme en una maestría en Museología que no emprendí; a hacer mi tesis doctoral sobre la instalación como género del arte contemporáneo; a convertirme en editora de publicaciones sobre arte; a escribir textos críticos para revistas, periódicos y catálogos.

Ese pasillo y mi padre -francés, superviviente de la Shoá, fotógrafo y optometrista- me convirtieron en observadora, espectadora, intérprete; hicieron que me atreviera al collage y a publicar en Instagram imágenes temblorosas.

Ese pasillo fue lugar de transición a la poesía.

Pasillo túnel.

Pasillo acertijo.

Pasillo crisol.

## 2

No se trata de un corredor.

¿O es lo mismo que pasillo? No.

Corredor son la Gran Galería del Museo del Louvre y la Galería de los Mapas Geográficos de los Museos Vaticanos.

El nuestro es un pasillo doméstico, domesticado, domesticador.

[Pasillo: pequeño paso o paso estrecho. Del latín *passus*: «paso», «huella». Acto de moverse: pasar, pasear, traspasar, sobrepasar].

[Corredor: lugar por donde se corre. Del latín *currere*, que significa «correr». Familia de carrera, corriente, discurrir, incurrir, ocurrir].

Durante veinticinco años, transité a diario el pasadizo familiar. Luego más de treinta en fugaces visitas de turista. Mis pasos fueron cambiando, se pusieron zapatillas de ballet, botas ortopédicas y tacones. Pasé a través de él, lo paseé. Aunque también lo corrí. El itinerario dependía de las prisas, los desganos, ojos a veces enlagrimados.

Pasillo no es lugar de ver.

No hay distancia suficiente para retroceder, buscar epicentros, habitarlo con el cuerpo.

Eso desajustó mi manera de percibir líneas y fugas. Trastocó conceptos como perspectiva y distancia focal. Me privó del llamado «punto dulce», donde una obra es revelación.

En cambio, me hice habilidosa en cercanías, que es una forma de ceguera. Exploradora del detalle, la textura, la intimidad de lo invisible.

Quizás por eso mi poesía es más jadeante que narrativa, de palabras fragmentadas, que acechan a través de un microscopio, ignorantes de horizontes y vistas astronómicas.

La poesía viene de la música y la escucha, se sabe. De afinar la escucha. De aquietarse y respirar, dice Chantal Maillard.

«El poeta recibe algo y lo transmite. Recibe oyendo. Previo al oír, hay una escucha. La escucha es lo que le permite al poeta tener algo que decir», teje Maillard.

Mi primera escucha fue con ojos muy abiertos.

Lo observable reverberando.

Por lo visual escribí sobre postales y mi útero retratado por un patólogo.

Por la imagen busqué huesos en las palabras.

El pasillo fue rizoma.

Pasillo performativo.

Pasillo desverbado.

### 3

Las obras de arte son ventanas, ventanillas, tragaluces.

El pasillo tren, avión, barco, cohete.

[Asomarse es irse. También volver].

Afuera es adentro.

Pasillo tregua.

Pasillo travesía.

Pasillo peregrinaje.

### 4

No recuerdo que hubiese más curaduría que la adjudicada por el orden de llegada de las obras. Raramente vi reacomodos. Por eso me sé las obras de memoria, puedo deletrearlas en estricto orden.

Pasillo gramática.

Pasillo código.

Pasillo centrifugador.

### 5

Junto a la puerta de mi habitación hubo dos retratos a plumilla. Mi hermano en uno, yo en otro. Niños. En nuestras manos, cubos y pirámides. No vimos al hacedor, debió trabajar con fotografías que tomó mi padre, quizás unas sobresaturadas polaroids. Jamás me reconocí en aquella imagen que bien puedo suponer vástago

de la presión social y un artista que sabía mercadearse. No pocas traviesas rayitas sumé con bolígrafo, antes de que los retratos fuesen arrumados en un armario. Quién sabe si allí también envejecí.

[Recuerdo a Anne Sexton: «me pudro en la pared, mi propia Dorian Gray»].

Un día, apareció en esa pared una pintura de gran formato del muy reconocido Francisco Hung, un cantonés que llegó a Venezuela en 1950, con trece años. Su madre venezolana, su padre chino, vendedor de dientes y aletas de tiburón. Es un cuadro abstracto, gestual, de movedizas manchas rojas, ocre, amarillas y naranjas. Con tan rica textura que no contuve la tentación de tocarlo y arrancarle pequeños grumos. Lo veía a centímetros de mi nariz. Podía sentir sus aromas frescos y solares, como una manta sobre mi cabeza.

## 6

Junto a la puerta de la habitación de mi hermano la obra de Filiberto Cuevas. Una figura con atormentados rasgos de feto, ahorcado y extraterrestre. Hoy lo veo afín a Francis Bacon. Encuentro poquísima información sobre él. He leído que tuvo pocos estudios, que ganó importantes premios, que no viajó ni vio museos.

Me intrigaban por igual su colorido y el hecho de que su autor se hubiese suicidado en 1973 en un campo petrolero, con tan solo veintitrés años, justo el año siguiente de nuestra mudanza.

Me pregunto quién vendió esa obra a mi padre, si acaso le contaron su historia, por qué le pareció «natural» exhibir en el pasillo de mi infancia el inventario de presagios de un joven difunto. Muchas veces pasé frente al cuadro de carreritas, sin verlo, tapándome los oídos. No me gustaban sus vocablos terrosos, su mueca, su incontinencia onírica.

## 7

Al final, llegando al salón y a la luz de la terraza, un dibujo de Lourdes Armas. Está fechado en el mismo 1972 que llegamos al apartamento. Tuvieron que pasar algunos años para que mi estatura me permitiese detallarlo.

Se trata de un pueblo montañoso y su cotidianidad bulliciosa, con iglesia, plaza, escuela, automóviles, ciclistas, burros, cigüeñas, un heladero, adultos tomando a niños de la mano. Una escena de domingo quizás, calcada desde un imaginario genial que prefiero no llamar ingenuo ni *naif*. Un mundo en filigrana.

Recuerdo perfectamente a la artista: «criatura soñadora y sin miedo a los rincones oscuros o a los pozos umbrosos», dijo de ella

la poeta Ida Gramcko. La visitábamos en su casa a orillas del lago. Después de su tempranísima muerte en 1977, seguimos saludando allí a su viudo, el periodista Sergio Antillano, uno de los primeros lectores de mis pinitos poemáticos.

Es una de las obras que traería a mi pasillo propio en Caracas, donde hasta ahora solo hay fotografías.

## 8

Es tarea pendiente escribir un libro-pasillo, sobre todas las obras-ventanas del pasillo-tren.

Mientras, escucho *Cuadros de una exposición* de Modest Músorgski, aunque el pasillo de mi padre suena más bien a Chopin.

Mientras, aparto en mi biblioteca libros que me han acompañado en el anhelo de mirar para escribir, de escribir mirando. Hago una torre con los teóricos, los que usé para mi doctorado, otra con volúmenes de poetas que me sostienen y que han escrito sobre arte e incluso pintado o dibujado: Anne Carson, John Ashbery, William Carlos Williams, Clara Janés, Mark Strand, W.H. Auden, Chantal Maillard. Otros.

## 9

El escritor vietnamita-estadounidense Ocean Vuong titula un libro de poesía *El tiempo es la madre*.

Me pregunto si el espacio es acaso el padre, mi padre, que tuvo por oficio hacer ver mejor a los pacientes de su óptica y a mí en casa, en nuestro pasillo, nuestra vértebra común.

Me repregunto cuán oblicuo ha sido ese pasillo. Cómo terminó umbral, bisagra, salida, existencia perdida.

No quiero imaginar su devenir de quietud, cuando un día haya que despoblarlo, transbordarlo, diluirlo entre muchos otros pasillos.

Pasillo primera persona.

Pasillo infinitivo.

Pasillo destino.

Pasillo maestro.

## Textos consultados

- Campos, M.Á. (2024). «El tiempo predador (viaje al mundo atormentado de Filiberto Cuevas)». *Hable conmigo.com*, 4 de febrero. <https://www.hableconmigo.com/2024/02/04/el-tiempopredador/>
- Gramcko, I. (1978). «Lourdes Armas: La fantasía de un país – Cero a la derecha». *El Nacional*, 23 de septiembre. Accesible también en *El Cautivo*, 11 de noviembre de 2024. <https://elcautivo.net/2024/11/11/centenario-ida-gramcko-1924-2024-lourdes-armas-la-fantasia-de-un-pais-ida-gramcko/?cn-reloaded=1>.
- Maillard, C. (2014). *La baba del caracol*. Madrid: Vaso Roto.
- Sexton, A. (2024). *Poesía completa*. Barcelona: Lumen.
- Zambrano, M. (1995). *La Confesión. Género literario y método filosófico*. Madrid: Ediciones Siruelas.